que coronó á dos emperadores y á un rey, Luis de Baviera, Enrique VII y Juan de Bohemia. Los blasones, los mantos heráldicos, la mitra, la corona, el sombrero electoral, el capelo cardenalicio, los cetros, las espadas, los báculos, abundan, se apiñan y se amontonan sobre aquellos monumentos, y se esfuerzan en restablecer ante los ojos del visitante aquella grande y formidable figura que presidía á los nueve electores del imperio de Alemania y que se llamaba el arzobispo de Maguncia. Caos, ya medio sumergido en la sombra, de cosas augustas ó ilustres, de emblemas venerables ó tremebundos, de donde aquellos poderosos príncipes querían hacer brotar una idea de grandeza y de donde brota la idea de la nada.

Cosa notable, y que prueba hasta qué punto la revolución francesa era un hecho providencial y como la resultante necesaria, y, por decirlo así, algebraica, de todo el antiguo conjunto europeo, es que todo cuanto destruyó quedó destruído para siempre. Vino á la hora indicada, como un leñador que necesita acabar cuanto antes, á derribar presurosamente y en confusión todos los árboles viejos misteriosamente marcados por el Señor. Se presiente, y creo haberlo indicado así en alguna otra parte, que llevaba consigo el *quid divinum*. Nada de cuanto derribó ha vuelto á levantarse, nada de cuanto condenó ha sobrevivido, nada de cuanto deshizo se ha recompuesto. Y observemos aquí que la vida de los Estados no se halla suspendida del mismo hilo que la de los individuos; no basta herir un imperio para derribarlo, pues no se mata las ciudades y los reinos más que cuando deben morir. La revolución francesa tocó Venecia, y Venecia cayó; tocó el imperio de Alemania, y el imperio de Alemania cayó; tocó á los electores, y los electores se desvanecieron. Un mismo año, el grande año-abismo, vió engullirse al rey de Francia, aquel hombre casi dios, y al arzobispo de Maguncia, aquel sacerdote casi rey.

La revolución no ha extirpado y destruído Roma, porque Roma no tiene cimientos, sino raíces; raíces que van creciendo sin cesar en la sombra debajo de Roma y debajo todas las naciones, que atraviesan y pasan el globo entero de parte á parte, viéndose aparecer á la hora presente en China y el Japón, al otro lado de la tierra.

El Juan de Troyes de Colonia, Guillermo de Hagen, concejal de la ciudad en 1270, cuenta en su *Cronicón*, manuscrito, rasgado desgraciadamente durante la ocupación francesa, y del que sólo quedan algunas hojas desparejadas en Darmstadt, que en 1247, bajo el reinado del mismo arzobispo de Maguncia, Sigefrido, cuya tumba presenta en la catedral tan tremendo aspecto, un viejo astrólogo, llamado Mabusio, fué condenado á la horca por hechicero y adivino, y conducido, para morir en ella, á la picota de piedra que marcaba la frontera del arzobispo de Maguncia, frente á otra picota que marcaba la frontera del conde palatino. Al llegar allí, como el astrólogo rehusara el crucifijo y se obstinara en llamarse profeta, el fraile que le acompañaba le preguntó en son de burla en qué año terminarían los arzobispos de Maguncia. El anciano suplicó que le desataran la mano derecha, lo cual se hizo; luego recogió un clavo patibulario que vió en el suelo, y después de meditar un instante, grabó con aquel clavo, en la cara de la picota que miraba á Maguncia, este singular poligrama:

Hecho lo cual se entregó al verdugo, en tanto que los presentes se reían de su locura y de su enigma. Hoy, uniendo uno á otro los tres misteriosos números escritos por el anciano, se encuentra esta formidable cifra: *noventa y tres*.

Y, hay que notarlo también, aquella amenazadora horca, que desde el siglo XIII ostentaba en su siniestro plinto la fecha de la caída de los imperios, ostentaba su propia condena y la fecha de su propio derrumbamiento. El patíbulo formaba parte del antiguo régimen. La revolución francesa no respetó más la subsistencia de los patíbulos que la subsistencia de las dinastías. Como cayeron los tronos de mármol, cayeron las horcas de piedra. En el siglo XIX el cadalso ha perdido su majestad y su grandeza, y es de madera, como el trono.

Como Aquisgrán, Maguncia tiene un obispo, uno sólo, nombrado por Napoleón; digno y respetable pastor, dicen, que ha gobernado las almas de 1802 á 1818, y que está enterrado, como los demás, en lo que fué su catedral. Sin embargo, hay que convenir, en vista del majestuoso enterramiento de los electores arzobispales de Maguncia, que es un enterramiento sobrado pobre y mezquino el de monseñor Luis Colmar, obispo del departamento del Mont-Tonnerre, en su tumba estilo *trovador*, la cual sería un admirable modelo de reloj gótico para los ricos burgueses de la calle de San Dionisio, si se le hubiera aplicado un cuadrante en vez de un obispo. Por lo demás, y según decía poco ha, aquel mezquino obispo, que tenía de grande el ser hechura de la revolución, mató al arzobispo soberano. Desde M. Luis Colmar no hay más que un obispo en Maguncia, hoy capital del Hesse rhenano.

Allí encontré también una arcadia pareja de arzobispos hermanos, enterrados uno frente á otro, des

pués de haber reinado sobre el mismo pueblo y gobernado las mismas almas, el uno en 1390 y el otro en 1419. Juan y Adolfo de Nassau se contemplan en la nave de Maguncia, como Adolfo y Antonio de Schauenburgo en el coro de Colonia.

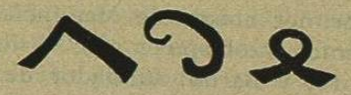
Ya he dicho que una de las cuarenta y tres tumbas era del siglo XVIII. Ese monumento, que no es de un arzobispo, es el que busqué primero y el que me entretuvo más tiempo, pues se enlazaba en mi imaginación con el gran sepulcro de Aquisgrán. Es la tumba de Fastrada, esposa de Carlomagno. La tumba de Fastrada es una simple lápida de mármol, empotrada hoy en una pared. Yo descifré este epitafio, escrito en letras romanas con las abreviaturas bizantinas:

FASTRADANA PIA CAROLI CONIVX VOCITATA
CHRISTO DILECTA IACET HOC SVB MARMORE TECTA
ANNO SEPTENGENTESIMO NONAGESIMO QUARTO

Luego vienen estos tres misteriosos versos:

QVEM NVMERVM METRO CLAVDERE MVSA NEGAT
REX PIE QVEM GESSIT VIRGO LICET HIC CINERESCIT
SPIRITVS HÆRES SIT PATRIE QVÆ TRISTITIA NESCIT

Y debajo el milésimo en cifras árabes:



Efectivamente, en 794, depuesta Fastrada primeramente en la iglesia de San Albano, se durmió bajo aquella lápida. Mil años después, pues la historia une á veces á las grandes cosas una tremenda precisión geométrica, en 1794, la compañera de Carlomagno se despertó. Su antigua ciudad de Maguncia era bombardeada, su iglesia de San Albano se derrumbaba en

el incendio, y su tumba era abierta. No se sabe lo que fué de sus huesos en aquella época. La losa de su tumba fué trasladada á la catedral.

Hoy un pobre viejo suizo de venturina peluca, vestido con una especie de uniforme de inválido, cuenta esas cosas á los visitantes.

Además de las tumbas, los marcos con estatuítas, los trípticos con fondo de oro, los retablos de los altares, cada uno de los dos ábsides tiene su especial decoración. El antiguo ábside del 978, adornado con dos lindas escaleras bizantinas, se redondea en torno á una magnífica urna bautismal en bronce del siglo XIV. En la cara exterior de esa vasta piscina hay esculpidos los doce apóstoles y san Martín, patrono de la iglesia. La tapadera fué rota durante el bombardeo. Bajo el imperio, época de gusto, coronaron la pila gótica con una especie de cacerola.

El otro ábside, el mayor y el menos antiguo, está ocupado, por decirlo así, atestado por una enorme talla de coro de encina negra en que el estilo movido y furioso del siglo XVIII se despliega y se insubordina contra la línea recta con tanta violencia, que alcanza casi la belleza. Jamás se ha puesto al servicio del ma gusto un cincel más delicado, una fantasía más poderosa, una invención más variada. Cuatro estatuas, Crescencio, primer obispo de Maguncia el año 70; Bonifacio, primer arzobispo en 755; Willigis, primer elector en 1011, y Bardo, fundador de la catedral en 1050, permanecen gravemente á la puerta del coro, dominado por encima del asiático dosel del arzobispo por el grupo ecuestre de san Martín y el pobre. A la entrada del coro se yerguen, en toda la misteriosa pompa del gran sacerdote hebraico, Aarón, que representa al obispo por dentro, y Melquisedec, que figura al obispo por fuera.

El arzobispo de Maguncia, como los príncipes-

obispos de Worms y de Lieja, como los arzobispos de Colonia y de Tréveris, como el Papa, reunían en su persona el doble pontificado. Era á un tiempo Aarón y Melquisedec.

La sala capitular inmediata al coro, es una sombría y soberbia lonja románica, que repite con las espléndidas tallas Pompadour la antítesis de los dos mayores campanarios. Allí, nada más que una extensa pared descuidada, un suelo polvoriento abollado por los relieves de las tumbas, un resto de vidriera en la ventana baja, un tímpano colorido figurando á san Martín, no como caballero romano, sino como á obispo de Tours; tres grandes esculturas del siglo XVI, que son la *Crucifixión*, la *Resurrección* y la *Ascensión;* al rededor de la sala un banco de piedra para los canónigos, y en el fondo, para el arzobispo presidente, un ancho banquillo también de piedra, que recuerda la severa silla de mármol de los primeros papas, que se guarda en Nuestra Señora de los Dombos de Aviñón. Y, saliendo de esta sala, se entra en el claustro, halláis un claustro del siglo XIV, que en todo tiempo fué un lugar austero, y hoy es un lugar lúgubre. El bombardeo del 94 está escrito allí por todas partes. Altas y húmedas hierbas, entre las que se enmohecen algunas piedras plateadas por la baba de los reptiles; arcadas ojivales con los ventanales rotos; tumbas destrozadas por los obuses como baldosas de vidrio; caballeros de piedra armados de punta en blanco, abofeteados por los cascos de bombas, y á los que sólo queda el chirlo por cara; algunos andrajos de vieja secándose en una cuerda, algunos cercados de tablas remendando aquí y allá las paredes de granito; una triste soledad, un agotamiento profundo interrumpido por el intermitente graznido de los cuervos; tal es, hoy, el claustro arzobispal de Maguncia. Uno de los sillares del contrafuerte, empujado por el

choque de una bala, se deslizó por entero en su alvéolo, pero no llegó á caerse y hoy aparece allí todavía como una tecla de piano oprimida por un dedo invisible. Dos ó tres estatuas, tristes y terribles, de pie en un rincón bajo la lluvia y el viento, contemplan en silencio aquella desolación.

Debajo las galerías del claustro, hay un obscuro monumento, un bajo relieve del siglo XIV, cuyo enigma traté vanamente de adivinar. A un lado, hay algunos hombres encadenados en todas las actitudes de la desesperación; al otro, un emperador acompañado de un obispo y rodeado de una multitud de personajes triunfantes. ¿Es Barbarroja? ¿Es Luis de Baviera? ¿Es la revuelta de 1160? ¿Es la guerra de los de Maguncia con los de Francfort en 1332? ¿No será nada de todo esto? No sé. Y pasé adelante.

Cuando me disponía á salir de las galerías, distinguí en la sombra una cabeza de piedra que salía á medias de la pared y que ceñía una corona de tres florones de apio, como los reyes del siglo XI. Miré. Era una cara bondadosa y severa á un tiempo, una de esas caras impregnadas de esa augusta belleza que da al semblante del hombre la costumbre de un gran pensamiento. Debajo, la mano de un visitante había escrito con carbón este nombre: FRAUENLOB. Y me acordé de ese Tasso de Maguncia, tan calumniado durante su vida, tan venerado después de muerto. Cuando murió Enrique Frauenlob, en 1318, me parece, las mujeres de Maguncia, que se habían burlado de él y le habían insultado, quisieron llevar el ataúd. Aquellas mujeres y aquel ataúd cubierto de flores y de coronas están cincelados en la lápida algo más abajo de la cabeza. Y seguí contemplándola. El escultor le dejó los ojos abiertos. En esa iglesia llena de sepulcros, entre esa multitud de príncipes y obispos yacentes, en aquel claustro dormido y muerto, no

hay más que el poeta que esté despierto y velando.

La plaza del mercado, que rodea los lados de la catedral, ofrece un conjunto copioso, florido y alegre. En medio se levanta una linda fuente trígona del renacimiento alemán; delicioso poemita que, de un amontonamiento de blasones, de mitras, de ríos, de náyades, de báculos episcopales, de cuernos de abundancia, de ángeles, de delfines y de sirenas, hace un pedestal á la virgen María. En una de las caras se lee este pentámetro:

ALBERTUS PRINCEPS, CIVIBUS IPSE SUIS,

el cual recuerda, con menos afabilidad, la dedicatoria escrita en la fuente levantada por el último elector de Tréveris, cerca de su palacio, en la ciudad nueva de Coblenza: CLEMENS VINCESLAUS, ELECTOR, VICINIS SUIS. *A sus conciudadanos*, es constitucional. *A sus vecinos*, es bonito.

La fuente de Maguncia fué construída por Alberto de Brandeburgo, que reinaba hacia 1540 y cuyo epitafio acababa de leer en la catedral: *Alberto, cardenal presbítero de San Pedro ad Vincula, archicanciller del santo imperio, marqués de Brandeburgo, duque de Stettin y de Pomerania, elector*. Erigió ó más bien reconstruyó aquella fuente en recuerdo de las prosperidades de Carlos V y de la cautividad de Francisco I, como lo demuestra esta inscripción en letras de oro, recientemente retocadas:

DIVO KAROLO V CÆSARE SEMP. AVG. POST VICTORIA
GALLICAM REGE IPSO AD TICINV SVPERATO AC CAPTO
TRIVPHANTE FATALIQ RVSTICORVPER GERMNIA COSPI
RATIONE PROSTRATA ALBER. CARD. ET ARCHIEP. MOG.
FONTE HVNC VETVSTATE DILAPSV AD CIVIV SVORVM
POSTERITATISQVE VSVM RESTITVI CVRAVIT

Vista desde lo alto de la ciudadela, Maguncia presenta diez y seis cúspides, hacia las cuales se vuelven graciosamente los cañones de la confederación germánica; los seis campanarios de la catedral, dos hermosos torreones militares, una aguja del siglo XII, cuatro torrecillas flamencas y, además, la cúpula de los Carmelitas de la calle Cossette repetida tres veces, lo que ya es mucho. En el declive de la colina que corona la fortaleza, una de aquellas innobles cúpulas cobija una pobre y vieja iglesia sajona, la más triste y humillada del mundo, adosada á un delicioso claustro gótico con mameles flamígeros, donde los kaiserlichs abrevan sus caballos en sarcófagos románicos.

La belleza de las ribereñas del Rhin no se desmiente en Maguncia; sólo que las mujeres son curiosas á la manera de las flamencas y á la manera de las alsacianas. Maguncia es el punto de unión del espejo-espía de Amberes y de la torrecilla-espía de Strasburgo.

La ciudad, aunque muy blanqueada, ha guardado en muchos sitios su honrado aspecto de ciudad comercial de la hansa rhenana. Aun se lee en sus puertas: PRO CELERI MERCATURÆ EXPEDITIONE. Dentro dos ó tres años se leerá: *Transportes rápidos.*

Por lo demás, una vida profunda, que sale del Rhin, anima esta ciudad. No está menos erizada de mástiles, menos atestada de fardos, menos llena de ruido que Colonia. Las gentes andan, hablan, se empujan, se arrastran, llegan, parten, venden, compran, gritan, cantan, viven, en fin, en todos los barrios, en todas las casas, en todas las calles. Por la noche, el inmenso zumbido se calla; y sólo se oye en Maguncia el murmurio del Rhin y el eterno ruido de los diez y siete molinos de agua amarrados á las engullidas pilas del puente de Carlomagno.

A despecho de cuanto han hecho los congresos, ó, por mejor decir, á causa de lo que han hecho los congresos, el vacío dejado en Maguncia por la triple dominación de los romanos, los arzobispos y los franceses, no ha sido colmado. Nadie está como en su casa. El gran duque de Hesse sólo reina en ella de nombre. En su fortaleza de Castel puede leerse: CURA CONFŒDERATIONIS CONDITUM; y puede ver un soldado blanco y un soldado azul, esto es, el Austria y la Prusia, pasear noche y día, arma al brazo, delante su fortaleza de Maguncia. Ni Prusia ni Austria tampoco están en su casa; se estorban y se codean. Evidentemente este no es más que un estado provisional. Hay dentro de los muros de la misma ciudadela una ruina medio desprendida de la nueva muralla, una especie de pedestal tremendo que denominan aún ahora *la piedra del Aguila,* Adlerstein. Es la tumba de Druso. Un águila, en efecto, un águila imperial, un águila formidable y todopoderosa posóse allí por mil seiscientos años, luego se eclipsó. En 1804, reapareció; en 1814, volvió á desaparecer. Hoy, á estas horas, Maguncia divisa en el horizonte, del lado de Francia, un punto negro que se va engrandeciendo y que se aproxima. Es el águila que vuelve.